**Unas palabras para Sacha, en modo agradecimiento**

Por Marilyn Garbey Oquendo

28 de febrero 2020

Acepté con muchísimo gusto la invitación de mi hermano Omar Valiño para asistir al cumpleaños de Sacha. Era, es, una manera de agradecerle todo lo que nos enseñó en aquellos ya lejanos días en que fuera nuestro profesor de Historia del Teatro de la Facultad de Artes Escénicas del Instituto Superior de Arte de La Habana.

Cuando llegué a los predios de Cubanacán, en 1985, fui muy bien recibida por los que ya estudiaban allí. Generosamente aconsejaban a los principiantes los posibles caminos a seguir. A cual grupo de teatro debías aplaudir, el estreno de cine no te podías perder, tal libro había que leer, a cuál profesor debías escuchar. Entre estos últimos, el nombre de Sacha se repetía una y otra vez. El claustro era de excelencia: la dra Graziella Pogollotti, Rine Leal, Raquel Mendieta, Gloria María Martínez, Raquel Carrió, Orlando Suárez Tajonera. En esa élite pedagógica, Sacha era de los preferidos por los estudiantes, todos querían ser como él.

 La asignatura Historia del Teatro era una prueba de fuego para medir el conocimiento adquirido, porque en aquellos la competencia era por demostrar quién sabía más, no era para exhibir el último modelo de Iphone. En ese contexto ansiábamos llegar al momento de conocer las vanguardias teatrales, eran los renovadores del teatro y eran las clases de Sacha.

Los recuerdos aún son nítidos. Entre la incomodidad de los asientos de ladrillo y el calor sofocante de mediodía, Sacha desplegaba sus dotes actorales y representaba una escena de El inspector, de Nicolai Gogol, donde se anunciaba una noticia terrible para el pueblo. O nos revelaba a Augusto Strindberg en toda su belleza: explicaba las razones de la conducta de La señorita Julia ante su criado en la noche de San Juan y recreaba la atmósfera de Sonata de espectros.

Si llegaba tarde por alguna razón, lo esperábamos hasta el último minuto de la clase, lo cual no era habitual entre nosotros. Si se tomaba tiempo más allá del horario, nadie protestaba. Era un placer escucharlo. Con él aprendimos a leer toda la literatura, de García Márquez a Allen Ginsberg, de Salinger a Carpentier. Y, para imitarlo, aprendíamos de memoria los primeros párrafos de las novelas que citaba en las clases de Historia del Teatro.

Hace unos días nos encontramos en la UNEAC con los teatristas distinguidos con el Premio Villanueva de la Crítica, casi todos egresados del ISA. Rubén Darío Salazar, director del Teatro de Las Estaciones, rememoró el ambiente intelectual del ISA de los 80, las múltiples maneras de adquirir conocimientos que allí se generaba, de cómo los maestros estimulaban la ruptura de fronteras creativas. A Sacha le corresponde una buena parte de responsabilidad en nuestra formación.

Conversé con algunos de sus discípulos de la Facultad de Artes Escénicas antes de llegar aquí. Todos dicen recordar grandes momentos en sus clases, refieren anécdotas sabrosas, pero nadie tiene fotos de aquellos años. Todos lamentamos la precariedad en que vivíamos pues no teníamos tecnología para grabar aquellas escenas. Solo me alivia el saber que cada vez que uno de mis amigos más jóvenes conoce a Sacha, se renueva la admiración por su figura.

**El encuentro de José Martí y Emile Zola**

Y hablando de figuras, debo referirme a Figuras en el lienzo \*. Leí el cuento cuando apareció, a fines de los 80, fue aplaudido y premiado. Ahora volví a la Biblioteca del ISA para leerlo. Creo que allí Sacha rubricó su pasión por el teatro y su admiración por ese ser entrañable que es José Martí. Soñar el encuentro entre Emile Zola, ya reconocido como escritor y crítico teatral, y el joven Martí, camino al exilio, es una osadía que solo a Sacha se le podía ocurrir.

El conoce al dedillo la Historia del Teatro, sabe que la Comedia francesa era el templo del teatro, que estrenar allí significaba el triunfo del dramaturgo, que si Emile Zola publicaba una reseña elogiosa, entonces el autor referenciado alcanzaría la consagración.

El viaje de Zolá, de su casa camino al teatro, propicia que el narrador describa algunos lugares emblemáticos de París y que anote el tiempo histórico en que transcurre la obra. El Pont Neuf le parece un paisaje digo de su amigo Manet, el pintor impresionista.

La descripción del recinto teatral es extraordinaria: Resalta la iluminación con gas, hecho clave para la Historia del teatro, pero alcanza alto vuelo cuando se detiene en los espectadores. Dice que abunda el negro y el marrón, los colores del invierno, y hasta hace posible escuchar el crujir de las telas de los trajes de las señoras. Indica que son espectadores de clase media, gente que ahora está en el poder. Los que hicieron fracasar a Balzac y a Musset, se lamenta Zola, los que “no aceptan el lenguaje de la vida”, que es decir el nuevo canon teatral.

La función se retrasa porque hay que esperar al representante del poder, pero unos minutos antes de que comience la representación, se sienta al lado de Zola un joven de saco negro y corbatín de lazo. “En lugar de una joya, un anillo de hierro le circulaba el anular”. Durante la función esos dos espectadores intercambian criterios, la conversación es tan fluida que le exigen silencio. Y así se detallan las costumbres teatrales de la época: la presencia de la claque, el actor protagónico saludando al representante del poder en plena función, la voracidad de los empresarios teatrales, la batalla del naturalismo por imponerse en el gusto del público, el intermedio teatral como punto de encuentro social. En ese intercambio sobresale una frase del joven espectador, en respuesta a los cuestionamientos del crítico Zola, con palabras que parecieran encontrar ecos hoy: ”En estos tiempos, en que todo parece que se hunde, la virtud debe ser exaltada”.

Durante el pasaje del intermedio de la función, Sacha despliega sus conocimientos de la Historia del teatro, y expone su capacidad para convertirlos en materia narrativa. Zola y Martí se disponen a dialogar cuando son interrumpidos por Antoine, un hombre destinado a cambiar la Historia del Teatro, quien quiere presentarle a Zola a un joven dramaturgo, a Augusto Strindberg. Y esa conversación es de una belleza tan grande que será difícil olvidarla. Pero antes de que se produzca el diálogo entre los teatristas Sacha, a través de Emile Zola, retrata al joven Martí:

“Parecía menudo y enjuto en el cristal, pero en el mostrador, la melena rizada, todavía romántica, la frente despejada, la nariz recta, el saco negro y el corbatín de lazo, le daban un porte y una estatura mayor”.

Strindberg, Zola, Antoine y Martí se lanzan a una discusión en la que cada cual defiende con pasión sus puntos de vista sobre el arte. Zola dice: “No es posible dormir con la cabeza en Cartago y los pies en Saint Germain. Hay que escribir el drama de la burguesía contemporánea. El drama real que se representa todos los días ante nuestros ojos”. Y Martí replica: “¿Pero acaso no es grande el drama de un pueblo que se debate entre la monarquía y la república? Y Strindberg proclama: “El arte es arte, no tiene que copiar ni que mentir”.

El debate expresa la actitud de cada uno de los contendientes. Zola sufre el fracaso del estreno de Teresa Raquin, no complació al público su observación exacta de los hechos, léase el naturalismo. Strindberg romperá los cánones dramatúrgicos y nos legará La señorita Julia, apegada al naturalismo, pero también El ensueño. Martí vivirá intensamente, tanto que escribirá sencillos y estremecedores versos y preparará una guerra, necesaria para librar a su pueblo del yugo colonial.

La polémica es interrumpida por Antoine, que quiere presentar a Strindberg ante Coquelin, el actor más famoso de su época. Y esa ocasión es aprovechada por el narrador Sacha para presentar a Martí ante Zola: viene de la tierra que produce el tabaco, se reconoce como parte de la familia americana, y va camino al exilio. El anillo es un recuerdo del presidio político. El joven intuye con claridad su destino: “aunar voluntades”. Y Sacha le adjudica una frase que expresa la ética de Martí: “Para el amigo soy todo corazón. Incluso para el enemigo”.

Por estos días puede verse en La Habana una obra escrita y dirigida por Carlos Celdrán, discípulo de Sacha en el ISA. En Hierro, Celdrán retoma un pasaje de la vida de Martí: la del hombre que intentó envenenarlo quien, tras una conversación con el Apóstol, cambió el rumbo de su vida y se fue a la manigua a batallar por la libertad de Cuba. Tal vez la elección de ese acto de la biografía de Martí es un eco de las lecciones de Sacha.

Y se retoma la función de Garin, que ese es el título de la obra presentada en la Comedia francesa, y Zola y Martí retoman la discusión sobre la obra que ven, y su intercambio abarca la política y la función social del teatro. Martí cuestiona la calidad de la obra, pero aplaude su impacto social: le atribuye al dramaturgo “valor para izar la bandera de la república en el templo del drama”. Concluye la función, Martí rechaza la invitación de Zola porque irá a ver a la gran Sarah Bernhardt.

Zola parte solo, entonces se introduce una reflexión sobre el rol de la crítica. Se pregunta qué debe decir sobre lo que vio, cómo debe juzgar una obra donde se reproducen los esquemas de éxito, pero pone en debate los asuntos sociales. El crítico cuestiona al autor que colabora con el gobierno, pero él escribe para varios diarios y cobra porque ”el costo del gas había subido”.

El libro que contiene Figuras en el lienzo, compila varios cuentos y cada uno tiene una dedicatoria. El que me ocupa va dedicado a Rine Leal, quien fuera compañero de Sacha en el ISA.

 **Un hombre generoso**

Sacha ha escrito sobre otros escritores, sobre sus contemporáneos y sobre los más jóvenes. Ha sido generoso al contribuir al conocimiento de la obra de otros autores. Pero su generosidad alcanza altos grados cuando comparte con sus discípulos toda la sabiduría que acumula este manzanillero que vive en La Habana hace muchos años. Y aquí va una anécdota.

Cuenta la dra Pogollotti que cierta mañana recibió una llamada de Raquel Revuelta, muy preocupada porque le habían dicho que los profesores rusos volvían al ISA. La Historia del Teatro la impartiría alguien llamado Sacha. La dra le respondió: No te preocupes, Raquel. Ese ruso llamado Sacha nació en Manzanillo.

Impartió clases en el ISA, en el Centro Onelio Jorge Cardoso, y en la televisión cubana. Dice Carlos Padrón que, después de Universidad para Todos, Sacha se convirtió en sex symbol. Ahora son los futuros cineastas quienes tienen el privilegio de recibir sus saberes, su vasta cultura y su gracia comunicativa. Ha sido editor y promotor de los escritores desde la UNEAC, que son otras maneras de ejercer el magisterio.

Por sobre todos los muchos dones de Sacha, sobresalen el del juglar capaz de encantar al auditorio, el del orador que exige pensar cada palabra que pronuncia, el del narrador al que hay que volver con frecuencia. Porque este hombre diserta sobre los jóvenes iracundos, luego cita a Bertolt Brecht, tararea una canción de The Beatles, o lanza una carcajada muy sonora para decir que le gustan los Rollings Stones.

En este día de su cumpleaños 70, felicito a Sacha y me felicito porque ha sido, es, un privilegio conocerlo. Querido maestro, gracias por todo.

\*Figuras en el lienzo aparece en el libro Descubrimiento del azul. Premio Cuento 1986. Editora Abril, La Habana, Cuba.